

menos de hacer derramar á Jesucristo lágrimas de sangre. ¡Ah! ¡Si nosotros conociésemos bien los motivos de dolor que tiene continuamente Jesucristo, jamás disfrutaríamos un momento de gozo! Y el sacerdote no querría consagrarle, si estuviera todavía en el estado humano y accesible al dolor. ¡Felizmente sólo su amor lleva el peso de todos estos ultrajes, y la muerte no puede ya herirle!

Lo que me aflige sobremanera, es que las almas piadosas, las esposas que Jesucristo se guarda en el mundo, reserven la perfección únicamente para los que viven en Religión: no estoy obligado á eso; no he hecho los votos que conducen á la perfección. Y es que no se tiene el valor de amar, esta es la verdad. El amor es siempre y en todas partes el mismo, y vosotros podéis amar más en vuestro estado que un religioso en el suyo; su estado es más perfecto en sí mismo, pero vuestro amor puede superar al suyo.

Vamos, pues, que reine en vosotros Jesucristo. La exposición pública del Santísimo Sacramento es la última de las gracias; después de la exposición, no hay más que el cielo ó el infierno. El hombre se deja atraer por lo que brilla. Nuestro Señor Jesucristo hállase elevado sobre un trono y brilla actualmente, como se ve; no hay, pues, excusa. ¡Ah! ¡Si se le abandona, si se pasa por delante de Él sin volverle la vista, Nuestro Señor se retirará y todo habrá concluido!

Servid, pues, á Jesucristo; consoladle, encended el fuego de su amor por doquiera que no arde todavía; trabajad por establecer, por afianzar su reinado, su reinado de amor. *Adveniat regnum tuum, regnum amoris.*



LA EPIFANÍA Y LA EUCARISTÍA

Et procedentes adoraverunt eum.

«Los Magos, prosternándose, le adoraron.»

(MATH., II, 11.)

LLAMADOS á continuar ante el Santísimo Sacramento la adoración de los Magos en la gruta de Belén, debemos confundirnos con ellos en el pensamiento y en el amor que los condujo y retuvo en aquel sitio. Ellos comenzaron en Belén lo que hacemos nosotros al pie de la Hostia santa. Estudiemos los caracteres de su adoración, y saquemos de ello instrucción provechosa.

La adoración de los Magos fué un homenaje de fe y un tributo de amor al Verbo encarnado: tal debe ser nuestra adoración eucarística.

I

La fe de los Magos brilla en todo su esplendor á causa de las dos terribles pruebas á que hubo de ser sometida y de las cuales salió triunfante: me refiero

á la prueba del silencio en Jerusalén, y á la de la humillación en Belén.

Como hombres sabios y prudentes, los regios viajeros se dirigen hacia la capital de Judea: esperaban encontrar toda la ciudad de Jerusalén alborozada, al pueblo entregado al bullicio y animación, festejando tan fausto acontecimiento; esperaban encontrar por doquiera signos de satisfacción y de la más viva alegría; pero ¡qué sorpresa tan dolorosa! Jerusalén se halla en silencio: nada se advierte allí que revele la gran maravilla. ¿Será acaso que se hayan equivocado? ¿Si el gran Rey hubiera nacido, no anunciaría todo el mundo su nacimiento? ¿No serán objeto de irrisión y de insulto tal vez, si proclaman el objeto de su viaje?

Estas vacilaciones y este lenguaje serán tal vez prudentes á los ojos de la humana sabiduría, pero indignos ciertamente de la fe de los Magos. Ellos han creído y han venido. ¿Dónde ha nacido el Rey de los judíos? preguntan en alta voz en medio de la asombrada Jerusalén, frente al palacio de Herodes, ante la muchedumbre del pueblo que sin duda se habría aglomerado para presenciar el espectáculo inusitado de la entrada de tres Reyes en la ciudad. Nosotros hemos visto la estrella del nuevo Rey, y venimos á adorarle. ¿Dónde está? Vosotros, que sois su pueblo, y que tanto tiempo ha le esperabais, debéis saberlo.

Reina un triste silencio. Interrogado Herodes, consulta á los ancianos y sacerdotes, los cuales contestan recitando la profecía de Miqueas. Con esto Herodes despide á los príncipes extranjeros, no sin ofrecerles que iría después de ellos á adorar al nuevo Rey. Enterados de las palabras de Herodes, los

Reyes parten, y marchan solos; la ciudad permanece indiferente; aun el sacerdocio levítico espera, como Herodes, entre la vacilación y la incredulidad.

El silencio del mundo, he aquí la gran prueba á que se halla sometida la fe en la Eucaristía.

Supongamos que algunos nobles extranjeros se enteran de que Jesucristo permanece personalmente en medio de los católicos en su Sacramento, y que, por tanto, estos felices mortales tienen la singular é inefable dicha de poseer la persona misma del Rey de cielo y tierra, del Criador y Salvador del mundo, en una palabra, de Nuestro Señor Jesucristo; animados del deseo de verle y de ofrecerle sus respetos y homenajes, vienen estos extranjeros desde las más lejanas regiones á encontrarle entre nosotros, en una de nuestras brillantes capitales europeas: ¿no se verían sometidos á la misma prueba que los Magos? ¿Qué es lo que revela, en nuestras ciudades católicas, la presencia de Jesucristo? ¿Acaso las iglesias? Mas el protestantismo y el judaísmo tienen también sus templos. ¿Qué hay, pues, que indique aquella presencia? Nada. Hace pocos años vinieron algunos embajadores de la Persia y del Japón á visitar París: nada seguramente les daría idea de que nosotros poseemos á Jesucristo, quien vive y desea reinar en medio de nosotros. He aquí el escándalo de aquellos que viven alejados de nuestras creencias.

Este silencio es también el escándalo de los cristianos débiles. Estos ven que la ciencia del siglo no cree en Jesucristo eucarístico, que los grandes no le adoran, que los poderosos no le rinden homenaje; y de aquí infieren que allí no está Jesucristo, que no vive ni reina entre los católicos. ¡Hay tantos, por desgracia, que hacen este razonamiento! ¡Es

tan grande el número de los necios y de los rutinarios que no hacen sino lo que ven hacer!

Y, sin embargo, en el mundo católico, como en Jerusalén, está la palabra de los Profetas, de los Apóstoles, de los Evangelistas que revelan la presencia sacramental de Jesús; sobre la montaña de Dios, visible á todos, está colocada la santa Iglesia, que ha reemplazado al ángel de los pastores y á la estrella de los Magos; la Iglesia, que es un sol esplendente para quien quiera ver su luz; que tiene la voz del Sinaí para quien quiera oír su ley; ella nos señala con la mano el Templo santo, el Tabernáculo augusto, y nos grita: ¡He aquí el Cordero de Dios, el *Emmanuel*; he aquí á Jesucristo!

A su voz, las almas sencillas y rectas se dirigen hacia el Tabernáculo, como los Reyes Magos hacia Belén; aman la verdad, la siguen con ardor, con entusiasmo; tal es vuestra fe, la de los que aquí estáis; habéis buscado á Jesucristo y le habéis encontrado; le adoráis, ¡sed por ello benditos!

Nos dice también el Evangelio que, á la voz de los Magos, Herodes se turbó, y toda Jerusalén se turbó también con él.

Que Herodes se turbase no es extraño, pues era un extranjero y un usurpador; él ve en Aquel que se le anuncia al verdadero Rey de Israel, que le destronará con el tiempo. Pero que se turbe Jerusalén ante la feliz noticia del nacimiento de Aquel á quien esta ciudad espera ha tanto tiempo, á quien saluda desde Abraham como su gran Patriarca, desde Moisés como su gran Profeta, desde David como su gran Rey, he aquí lo que no se comprende. ¿Ignoraba el pueblo judío la profecía de Jacob que designa la tribu de que habrá de salir, la de David que se-

ñala la familia, la de Miqueas que cita su patria natal y la de Isaías que canta su gloria? Con todos estos testimonios, sin embargo, tan claros, tan precisos, se necesita que algunos gentiles, tanpreciados por los judíos, vengan á decirles: ¡Vuestro Mesías ha nacido! Venimos á adorarle cerca de vosotros, venimos á asociarnos á vuestra dicha; mostradnos su regia estancia, y permitidnos que le ofrezcamos nuestros homenajes.

¡Ay! ¡Este escándalo horrible del judío, que se turba por la nueva del nacimiento del Mesías, continúa, por desgracia, entre los cristianos! ¿Cuántos hay de éstos que tienen horror á la iglesia donde reside Jesucristo? ¿Cuántos que se oponen á que se le construya un nuevo Tabernáculo, un santuario más? ¿Cuántos que se indignan al encontrar el santo Viático y no toleran la vista de la Hostia sacrosanta? ¿Y por qué esto? ¿Qué motivo les ha dado este Dios oculto?

Le tienen horror, le tienen miedo, porque quieren servir á Herodes, y tal vez á la infame Herodiades: he aquí la última palabra de ese escándalo herodiano que irá seguido muy presto del odio y de la sangrienta persecución.

La segunda prueba de los Magos consiste en la humillación del Niño-Dios en Belén.

Ellos esperaban, como era natural, encontrar todos los esplendores del cielo y de la tierra al rededor de la cuna del recién nacido. Su imaginación habíales pintado de antemano todas estas magnificencias. Habían oído en Jerusalén las glorias que le predice Isaías. Habían visitado, sin duda, la maravilla del mundo, el templo que lo había de recibir, y al marchar hubieron de decir: ¿Quién es semejante á este Rey? *Quis ut Deus?*

Pero ¡oh sorpresa! ¡oh decepción! ¡oh escándalo para una fe menos ardiente que la suya! Conducidos por la estrella van al establo, y ¿qué ven allí? Un pobre niño con su joven madre; el niño está acostado sobre la paja como el último de los pobres, ¿qué digo? como el tierno corderillo que acaba de nacer; reposa en medio de los animales; unas miserables mantillas le protegen algo contra los rigores del frío. Su madre es, pues, muy pobre, á juzgar por el estado miserable á que se ven reducidos. Los pastores ya no están allí para repetir las maravillas que han contemplado en el cielo; Belén se muestra indiferente. ¡Oh Dios mío, qué prueba tan terrible! Los Reyes no nacen así, y con mucha más razón un Rey del cielo. ¡Cuántos habitantes de Belén habian acudido á la gruta en virtud del relato de los pastores y vuelto á la población incrédulos! ¿Qué harán los Reyes Magos? Vedles arrodillados, prosternados con el más profundo respeto y adorando con la mayor humildad á aquel Niño; lloran de alegría al contemplarle; ¡la pobreza que le rodea causa su mayor encanto y les arrebató todo su amor! *Et procedentes adoraverunt eum!* ¡Gran Dios! ¡qué inexplicable misterio! ¡Nunca los Reyes se rebajan así aun delante de otros Soberanos! Los pastores admiraron al Salvador anunciado por los ángeles; mas el Evangelista no dice que se arrodillaran ante Él para adorarle. Los Magos son los que le rinden el primer culto, el primer homenaje de adoración pública en Belén, así como fueron sus primeros apóstoles en Jerusalén.

¿Qué es, pues, lo que vieron en el establo, en aquel pesebre, sobre aquel Niño? ¿Qué vieron? Pues el amor; un amor inefable, el verdadero amor de Dios al hombre: vieron á un Dios impulsado, arras-

trado por su amor á hacerse pobre, para ser el amigo, el hermano del pobre; vieron á un Dios que se hacía débil, para consolar al débil y menesteroso; vieron á un Dios sufriendo para demostrarnos su amor. Esto es lo que vieron los Magos; ésta fué la recompensa de su fe, el triunfo de esta segunda prueba.

La humillación sacramental de Jesucristo, he aquí también la segunda prueba de la fe cristiana.

Jesús, en su Sacramento, no ve con harta frecuencia sino la indiferencia de los suyos, y aun muchas veces la incredulidad y menosprecio. Fijaos en esta triste verdad, pues es cosa fácil: *Mundus eum non cognovit.*

Aun tal vez se creería en la verdad de la Eucaristía, si en la consagración se oyera, como en su nacimiento, el concierto de los ángeles; si, como en el Jordán, se viera el cielo abierto sobre Él, ó que su gloria brillaba como en el Tábor, ó se presenciara alguno de esos milagros que ha obrado el Dios de la Eucaristía en el transcurso de los siglos.

¡Pero nada, menos aún que nada! ¡Es la nada de toda gloria, de todo poder, de todo el ser divino y humano de Jesucristo; ni siquiera se ve su faz humana, ni se oye su voz, ni se percibe ninguna acción sensible!

Ahora bien—se dice—la vida es la acción; el amor se manifiesta, al menos, por algún signo. Aquí no se nota más que el frío, el silencio de la muerte.

¡Tenéis razón, hombres de la razón pura, seres gloriosos de este mundo, filósofos de los sentidos! Tenéis razón una y mil veces. La Eucaristía es la muerte, ó mejor, el amor de la muerte. El amor de la muerte es lo que impulsa al Salvador á refrenar

su poder, lo que le hace reducir á la nada su gloria y majestad divina y humana, para no atemorizar al hombre; el amor de la muerte es lo que, para no desalentar al hombre, lleva á Jesús á ocultar sus perfecciones infinitas, su santidad inefable, mostrándose solamente bajo el tenue velo de las santas especies, que le dejan ver más ó menos á nuestra fe, según la fuerza ó debilidad de nuestra virtud. He aquí lo que constituye, no el escándalo del verdadero cristiano, no la prueba de su fe, sino la vida y perfección de su amor. Su fe viva pasa á través de esta pobreza de Jesús, de esta debilidad y apariencia de muerte, y va hasta su alma á consultar sus pensamientos, sus admirables sentimientos; y al descubrir su divinidad unida á su sacratísimo Cuerpo y oculta bajo las sagradas especies, el cristiano, como los Magos, se prosterna, contempla y adora, arrobado en suaves deliquios de amor: ¡ha encontrado á Jesucristo! *Et procedentes adoraverunt eum.*

Tales las pruebas y el triunfo de la fe de los Magos y de la fe del cristiano. Examinemos el homenaje de amor de los Magos al Dios-Niño y el homenaje que nuestro corazón debe rendir también al Dios de la Eucaristía.

II

La fe conduce á Jesucristo; el amor le encuentra y adora. ¿Cuál es el amor de los Magos adoradores?

Es un amor perfecto. Ahora bien; el amor se manifiesta por tres efectos, y estas manifestaciones son su vida.

1.º Se manifiesta por la simpatía. La simpatía de las almas es el lazo de unión, la ley de dos vidas; por ella uno de los amantes se hace semejante al otro: *Amor pares facit.* La acción de la simpatía natural, y con más razón de la simpatía sobrenatural con Nuestro Señor Jesucristo, es la atracción fuerte, la transformación uniforme de dos almas en una, de dos cuerpos en uno; como el fuego absorbe y transforma en sí mismo toda materia simpática, combustible, así también el cristiano se transforma en Dios por el amor de Jesucristo. *Similes ei erimus.*

¿Cómo, pues, los Magos pudieron tan pronto concebir simpatías por este pequeño Niño, que ni habla todavía ni puede revelarles su pensamiento? El amor vió, el amor se unió al amor. ¿Pues qué, no veis á estos Reyes arrodillados ante el pesebre, en medio de los animales, y, en semejante estado tan humillado y humillante para Reyes, adorar á este débil Niño que solamente los mira? Lo que hace la palabra tratándose de amigos, aquí lo hace el amor.

¿No veis cómo imitan en lo posible el estado de este divino Niño? El amor propende á la imitación, porque es simpático. Aquellos Reyes quisieran rebajarse más y más, quisieran anonadarse y descender hasta las entrañas de la tierra, para adorar mejor y mejor imitar á Aquel que, desde el trono de su gloria, se humilló hasta descender al pesebre en forma de esclavo.

Ellos abrazan la humildad con la cual se desposó el Verbo encarnado; la pobreza que el mismo Verbo deificó, y el sufrimiento que divinizó; el amor, como veis, es transformador; produce la identidad de vida; hace sencillos á los Reyes, humildes á los sa-